



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 1 | Agosto 2020

De rutas, imperios y destinos

Luis Alberto Cristiano ¹

luisalbertocristiano@gmail.com

¹ Licenciado en Ciencias de la Comunicación (Universidad de Buenos Aires, Argentina). Fue profesor de Historia de la Cultura I y II (Universidad del Salvador, Argentina) y Becario de Idioma Chino (Universidad de Jilin, Changchún, RPCh).

The Terror, la ruta del Ártico y el ideario colonialista inglés



Foto: vl-media.fr

Sala de Oficiales del HMS Erebus, ocho hombres en una mesa presencian el destino de la Expedición Franklin. Corre 1846, un año desde que el Almirantazgo británico puso a dos de sus mejores buques en el Ártico. Tienen la misión de hallar un paso inexplorado por la ruta marítima del Noroeste. Un corredor de 1.500 kilómetros al norte de Canadá en el que se sobrepone el hielo y la amenaza de muerte. El objetivo es unir los océanos Atlántico y Pacífico. *The Terror*² nos vuelve a un cuarto lúgubre, el silencio aviva las ráfagas gélidas que afuera azotan la cubierta. Con argumentos encendidos, el líder de la expedición Sir. John Franklin (Ciarán Hinds) y Francis Crozier (Jared Harris) se disputan el control de las decisiones de mando, ambos son capitanes. Crozier sostiene que no pueden seguir adentrándose en el Ártico, el invierno se acerca y corren riesgo de quedar atascados en el casquete polar. Sir. John opone su mando, cree que faltan 200 millas náuticas para unir el Pasaje y deben continuar la travesía. Su

² Serie de televisión norteamericana producida por AMC en 2018 e inspirada en el libro homónimo de Dan Simmons.

obstinación guarda tras de sí una explicación lógica, e histórica: uno de cada cuatro habitantes de la Tierra es súbdito de la Reina Victoria, la Royal Navy es la flota más poderosa y las glorias de Nelson de Trafalgar y James Ross resuenan en los navíos y los relatos de la cultura popular. Sobran razones para su soberbia. Franklin saborea los privilegios del Imperio en el té inglés que exhibe en porcelana china y en el gusto de pertenencia al Discovery Service. La Corona sabe que lo fundamental son las rutas para el comercio; pregonan el Libre Mercado. Y es su sangre de rasgos normandos la que dispone que éstas sean finalmente marítimas. Las máquinas de la Revolución Industrial demandan commodities y la reducción en los tiempos de navegación son vitales. En palabras de otro Franklin: “El tiempo es oro”. Todo eso nubla el juicio de Sir John, no sabe que su decisión está por fijar su destino.

Sala de Oficiales del HMS Terror. El oficial James Fitzjames (Tobías Menzies) aburre a Crozier con anécdotas heroicas sobre su participación en la Primera Guerra del Opio (1839-42). La escena pesa en el valor simbólico de su experiencia. James estuvo al borde la muerte al ser atravesado por una bala de mosquete como la que mató a Lord Nelson. La grandeza de la pólvora que impresiona y realza su anécdota, queda reducida a tan sólo un chiste en boca de Oliver Cotton, quien interpreta al Capitán James Bremer en otra producción audiovisual. Estamos en “La Guerra del Opio”, película que Xie Jin estrena en 1997. La fecha no es casual: faltan pocos meses para que Inglaterra le devuelva la isla de Hong Kong a una China pujante; son otros tiempos, es otra historia. La China comunista de Jiang Zemin es muy diferente a la que Xie Jin muestra en su obra: un país tambaleante en la debacle la Dinastía Qing. China ha perdido su esencia, pero sobre todo su grandeza, y el director lo hace visible en la siguiente escena. En una toldería de campaña almuerzan Bremer junto a su correligionario, el Capitán Elliot (Simon Williams). Hablan con Qi Shan (Lin Liankun), enviado por el emperador chino Daoguang a negociar la paz con los británicos. Acaban de terminar una guerra. La imagen recrea el “Tratado de Chuanbi”, en 1841, antesala de la humillación de Nanjing. Los ingleses fuerzan a una China cerrada al mundo a la apertura de sus puertos al comercio, al pago de

compensaciones por la destrucción del opio y a la cesión de Hong Kong, el mejor puerto de Extremo Oriente. Es el amanecer de la China de “puertas abiertas” fruto de una doctrina liberal a cañonazos.

Pero vale mencionar a otros dos personajes cruciales: Por el lado chino, Lin Hse Tsu. Lin aparece en escena antes de la guerra. Es él quien lleva a cabo la implacable tarea de prohibir y destruir el opio, bajo los edictos de Daoguang. De talante severo, Lin quiere controlar por la fuerza lo que es inevitable ante los ojos de la historia: por dentro, el narcotráfico ha embebido la moral de su pueblo y el Imperio Celestial cae en picada; por fuera, las energías que condensan los designios de la historia se manifiestan en las costas chinas e izan la Union Jack. Son los barcos de Lord Palmerston, ministro de Relaciones Exteriores de Victoria y segundo personaje en discordia. Los ancestros de Palmerston saben bien lo que es ser invadidos en sus costas, él, por su parte, lo que es usar el pragmatismo al servicio de la fuerza. Lin, parece no prever la jugada, tampoco una contraofensiva.

Existe en China desde tiempos remotos un libro oracular que se conoce con la grafía de I-Ching, o “libro de las mutaciones”. Si bien llega a Occidente a partir del siglo XX, su legado es ancestral, forma parte de los Cinco Clásicos confucianos. Lin, Qi Shan y Daoguang posiblemente conocieran muy bien este libro cuya cosmovisión invita a reflexionar sobre dos aspectos fundamentales: el universo está regido por el principio de cambio y existe en éste una curiosa interdependencia entre los opuestos. Quien parece entender la lógica es el propio Xie Jin en su película. Ya que luego de la primera escena, en la que vemos a uno de los leones de Fu con sus ojos encendidos en rojo, leones míticos encargados de espantar a los malos espíritus, la pantalla funde a negro y se lee un texto en inglés, no en chino, cuya traducción expresa lo siguiente: “Sólo cuando una nación realmente se ha puesto de pie, puede mirar y revisar su pasado en el que estaba de rodillas”.

Rocky, IP Man y la maquinaria de lucha cultural

Una de las Rocky más significativa es aquella en la que el boxeador ítalo-americano vence a Iván Drago (Dolph Lundgren). La cuarta de la saga se

estrena en 1985, en los estertores de la Guerra Fría. La imagen es inconfundible: un ruso alto, rubio y blanco mata al “negro” Apollo Creed, ex campeón de los pesados, cuyo nombre recuerda a la mayor hazaña del país del norte: El Apollo 11 y su alunizaje. Creed (Carl Weathers) es también un maestro y pelea de ensueño; pero el comunista lo mata de un zurdazo. Rocky Balboa (Sylvester Stallone) decide vengarlo y de un uppercut inicia desde Moscú la cuenta regresiva al verdadero sueño americano, en el que el capital se transnacionaliza y derriba muros bajo el formato de la globalización. Son los tiempos del “fin de la historia” y Hollywood hace de las suyas en el plano del significante, porque “Freud ignora a Hollywood”, pero Hollywood no ignora al psicoanálisis y trabaja desde el plano de la “interpretación de los sueños”. Make America Great Again es un eslogan que nace de ese axioma y busca en Donald Trump recuperar ese sueño perdido. Un sueño forzado, en decadencia, como las arrugas de Balboa. Así otro episodio en la historia norteamericana con Trump presidente da cuerpo al fantasma perenne del enemigo externo. A los ojos del multimillonario, el enemigo no porta el Sol Naciente sobre el fuselaje de aviones que bombardean Pearl Harbor, tampoco pilota aviones comerciales que estrellan en las Torres Gemelas. Ese nuevo cuerpo vuelve a vestirse de rojo y encarna un significante tan claro como difuso: China.

Hay una imagen capturada por Jeff Widener en la Plaza de Tiananmén que mete ruido en los acordes del comunismo. Pero es sólo un suspiro, no tuerce el vector de la historia. Estamos en 1989, en los tiempos de la República Popular China de Deng Xiaoping. La imagen muestra a un hombre de pie, solo, frente a una columna de tanques, desafiante; la tensión en aumento. El tiempo se detiene, más que necesario para que Jeff coloque el teleobjetivo y grabe su fotografía. El hombre anónimo recibirá luego el seudónimo de The Tank Man (el “hombre tanque”) y el suceso será un resonador en Occidente: es la metáfora del poder del individuo frente al avance colosal del Estado. No obstante, los tanques que China muestra al oeste no son todos del “Tipo 59”, tampoco es el avance de éstos lo que inquieta. Tras los velos de la seda se esconde un verdadero tanque cultural que mueve las fichas del destino con suspicacia. Ha pasado más de una década desde que el Partido Comunista

Chino ha decidido abrirse al mundo. No lo hace, esta vez, forzado por los humillantes cañones de Palmerston, sino bajo el lema de “Reforma y Apertura”; es el nacimiento del socialismo de características chinas. Al proverbio “el tiempo es dinero”, se le añadirá en Shenzen “la eficacia es vida”; las sutilezas marcan la diferencia. De esta forma China estrena sus “Zonas Económicas Especiales” sobre la línea costera sudeste, en un trazado que va desde Cantón hasta Shanghái. Las líneas del I-Ching parecen leer la rítmica de las cadenas de valor a nivel mundial e invitan a que la inversión extranjera directa lo haga con sutileza. Los resultados, al tiempo, serán envidiables, y hasta surgirá un término para describir el fenómeno: “crecimiento a tasas chinas”.

Desde la apertura del programa, en 1978, hasta el año 2010, año en que Wilson Yip estrena la segunda película de la serie de artes marciales chinas IP Man, el gigante asiático se ha convertido en la segunda economía del mundo. Para que se entienda, IP Man (Donnie Yen) es una suerte de “Rocky chino” que pelea contra el “demonio extranjero” en salvaguarda de su cultura, y lo hace en antologías épicas como la Guerra de Manchuria o la dominación británica en Hong Kong. En IP Man 2, Yen tiene a su propio Iván Drago en “Twister” (Darren Shalavi), un soberbio boxeador inglés campeón del mundo de los pesados. Al igual que Drago, Twister mata a un baluarte: Hung (Sammo Hung), quien antes fuera adversario de IP Man, al igual que Creed con Rocky. Sin embargo, la película de Yip no habla sólo de rescatar al arte marcial chino y vanagloriarlo frente a la opresión extranjera, con un fuerte sentimiento nacionalista que deje atrás al fantasma del “siglo de humillación”. Sino que adhiere un detalle crucial. Cuando los occidentales ven los movimientos de los chinos en una práctica, no entienden de qué se trata; es decir, no entienden a las artes marciales chinas. Y no sólo no la entienden: la subestiman. Es Twister el encargado de mostrarlo. Lo que es su determinismo, también su jaula. Habrá que preguntarse si esto que Wilson Yip retrata en su película es sólo un aspecto estilístico-argumental para ensalzar al personaje o si, al igual que Xie Jin y su pantalla que funde a negro, subyacen en estos gestos la intención de dar lugar a una visión más totalizadora.

La nueva Ruta de la Seda, el Sueño chino y la guerra comercial

Llega el verano de 2013 y la prensa anglosajona se ve sorprendida. No pueden explicar cómo *Downton Abbey*, una serie televisiva que relata la decadencia de la aristocracia inglesa de principios de siglo XX, es furor en China. Los niveles de consumo no cesan; los periodistas se preguntan qué pasa. A primera vista, parece una serie al estilo Jane Austen en un Country House de Yorkshire con las típicas pasiones del género. Al igual que *The Terror*, la serie retrata sucesos históricos que han marcado la consciencia colectiva del pueblo inglés: el hundimiento del Titanic, la Primera Guerra Mundial, la Gripe Española, etc. Pero no son esos



Foto: alamy.es

componentes los que fascinan a los ojos orientales, que entreabiertos examinan la obra de Julian Fellowes. La respuesta va por otro lado. “China falls for the Downton Abbey effect” (China se pierde ante el efecto Downton Abbey) titula *The Daily Express* al anunciar que, para agosto de 2013, más de 160 millones de espectadores chinos han devorado el drama de época que exalta los baluartes de la cultura británica. “Hay un apetito voraz por la cultura británica porque es visto como un símbolo de estatus, de riqueza y de éxito”, cita Danny Buckland en su nota. Y continua, “la nación se está desarrollando tan rápidamente que las clases medias ricas, que sumaban alrededor de un millón hace una década, ahora han aumentado a 400 millones y todos están buscando insignias de su nueva riqueza y estatus”. Es el arribo del impetuoso sueño aspiracional chino, que pese a las restricciones de su gobierno, se cuela por las ventanas del inconsciente y teje el imaginario social. Otra vez, el I-Ching hace de las suyas y da sentido a la interdependencia de los opuestos. Mientras Palmerston, Franklin o Victoria sirvieran el afternoon tea en delicada porcelana china; a los ojos de Buckland,

una nueva clase pudiente florece en la China comunista y se reproduce a raudales, a niveles tan imponentes como su población.

No obstante, el verdadero sueño chino no está en los mayordomos, las tea party o en los partidos de polo con las que Fellowes hace pompa y fantasea en lo simbólico. El verdadero “Sueño chino” no sale de Downtown Abbey, sino de uno de los líderes más carismáticos de la república del pueblo. Ese Sueño Chino se sustenta en un megaproyecto tan imaginario como real, que da vida a los fantásticos relatos de Marco Polo o las travesías infinitas de Inb Battuta. Estamos en septiembre de 2013, en Kazajistán, país al que el flamante Xi Jinping, como presidente de la República Popular China, elige para dar su anuncio histórico. La elección no es casual, no sólo están allí para firmar acuerdos estratégicos multimillonarios, sino para que Xi anuncie el nuevo plan que el “socialismo moderno” propone llevar al mundo. Al proyecto se lo conoce en castellano como la “Iniciativa de la Franja y la Ruta”; One-Road One-Belt (OROB), en inglés, por su traducción literal desde el chino (Yīdài yīlù). No obstante, la más llamativa y poderosa de sus denominaciones radica en su asociación con la “Ruta de la Seda”.

En términos generales, el proyecto no es nuevo en lo conceptual. Existió desde los tiempos inmemoriales del emperador Wu, durante la próspera dinastía Han, una ruta inhóspita, infinita, que cruzaba desiertos y montañas, plagada de bandidos y pueblos cuyas lenguas se entremezclaban. Lugar de ensueños y pesadillas en las que incontables caravanas se adentraban al comercio de la seda, jade e infinidad de especias entre el Mediterráneo y Extremo Oriente. Los relatos y travesías sobrepasan la imaginación, tanto como la colosal propuesta en términos de inversión e infraestructura que el gobierno Chino ofrece a los partidarios del proyecto. Y así como el Imperio romano construía sus caminos y llevaba a sus provincias obras de ingeniería únicas para su época, el socialismo moderno promete una nueva “globalización de características chinas”, tan próspera como resistida, en las que el escenario geopolítico mundial cruje a cada préstamo en Sri Lanka, a cada metro de asfalto en Pakistán. Sin embargo, lo novedoso es asequible a la vista y radica en los incontables préstamos del Banco Asiático de

Inversiones e Infraestructuras y en lo colosal de sus obras de ingeniería: gaseoductos imponentes, puentes fenomenales, carreteras que surcan las nubes, puertos monumentales.

Mientras tanto, Occidente observa esta gesta con atónita contemplación. O al menos eso es lo que desliza John Bolton, ex secretario de Seguridad estadounidense, en sus confesiones de alcoba cuando denuncia que Trump actúa errático con China. A los ojos de muchos, OROB implica un nuevo Plan Marshall, al que Estados Unidos sólo opone proteccionismo. Por detrás llega la contrapropuesta en la llamada “Estrategia Indo-Pacífica Libre y Abierta”. Al igual que Lin Hse Tsu, parece llegar tarde. Al proyecto OBOR adhieren más de 150 países³. El tablero se torna evidente.

Otra vez la lógica del cambio en el libro oracular arroja una supuesta ironía: Estados Unidos, imperio heredero de la corona británica, cuya doctrina de liberalismo y apertura comercial había sido llevada desde las gélidas aguas del Ártico hasta los rincones más recoditos de Internet, queda ahora encerrado por las lógicas de su propio tendido globalizante. Y es China, el País del Centro, el país que “nunca necesitó nada del mundo”⁴, en palabras de Enrique Dussel, quien aplica la diplomacia de la seda y con proeza reabre sus rutas por lugares insondables.

El Ártico, la pandemia y el Nuevo Orden Mundial

La escena es tan deslumbrante como siniestra. Llega el invierno de 1847 y los barcos insignia del Discovery Service están atrapados en el desierto polar. Las predicciones de Crozier fueron acertadas. Los miembros de la tripulación deben aguardar con temple el milagro o la muerte. No obstante eso, AMC adhiere un componente letal a su antología histórica. Los marinos no sólo deben luchar contra las inclemencias de la mente y el frío, sino que existe una suerte de criatura fantástica inuit, similar a un oso polar, que asesina desde las

³ Hechos y cifras: Iniciativa de la Franja y la Ruta logra nuevos progresos, Spanish.xinhuanet.com 2019-03-20

⁴ (Dussel, E.) Seminario “Filosofía Política en América Latina Hoy”, Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador. Recuperado el 2 de julio de 2020: <https://www.youtube.com/watch?v=6GLzHSIGf4o&t=0s>

sombras. Hombres vigorosos que parecen haberlo visto todo, se desesperan ante la imposibilidad de distinguir el lomo blanco de Tuunbaq entre tormentas de nieve y un páramo atestado de masas de hielo. Es un enemigo invisible que los castiga por alterar el orden existente.

La metáfora es clara: cuando se altera el orden sobreviene la tragedia. Casi tan palpable como el mensaje que Donald Trump da desde la Casa Blanca el pasado “Día Nacional de la Enfermería”. Al igual que los marinos ingleses, los médicos y enfermeros también están al frente de una batalla en la que luchan contra un enemigo invisible. Trump aprovecha la ocasión para culpar otra vez a China por la pandemia: “Este es realmente el peor ataque que hemos tenido”. Dice, y agrega: “Es peor que Pearl Harbor, peor que el World Trade Center”⁵. En sus palabras culmina una “Guerra Comercial” que inicia en 2018. Son momentos decisivos, el tablero mundo disputa escenarios concluyentes. Lo sabe Henry Kissinger, ex Secretario de Estado norteamericano, quien por medio del Wall Street Journal sale al llamamiento a un Nuevo Orden Mundial post-coronavirus. Elige la Batalla de las Ardenas como imagen para describir la “atmósfera surrealista de la pandemia”. No es casual. Anhela un nuevo Plan Marshall; desea que Estados Unidos rearme el escenario de “posguerra”. Existen multiplicidad de calificativos para designar a Kissinger, pero si algo queda claro es que conoce muy bien a China.

Muchos analistas vaticinan los albores de una nueva Guerra Fría y un Nuevo Orden Mundial conducente. Si bien los actores cambian, este relato repite componentes en la historia intercultural de los imperios: control de las rutas comerciales y sus puertos, la incesante pretensión de conquistar la naturaleza y fantasías de mono-culturalismo. Resulta llamativo terminar por donde comenzamos.

La expedición Franklin fue un rotundo fracaso. Si bien muchas expediciones al Ártico no prosperaron, ninguna tuvo un desenlace tan funesto como la que lideró Franklin: todos murieron en las inmediaciones de la Isla del Rey

⁵ Remarks by President Trump at Signing of a Proclamation in Honor of National Nurses Dayl. Recuperado el 13 de julio de 2020: <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/remarks-president-trump-signing-proclamation-honor-national-nurses-day/>

Guillermo. El orgullo en las vigas arqueadas o el tiraje de motores de Croydon poco pudieron hacer ante el dominio de la naturaleza. Ejemplos de éstos sobran. En un planeta cuyo cambio climático calienta Círculo Polar Ártico a niveles inéditos⁶, vale preguntarse por Tuunbaq. Tuunbaq es una criatura ficcional. Parece, pero no existe en la mitología inuit. Es introducida por Dan Simmons en su libro y recreada por AMC en su serie televisiva. De alguna forma, tanto Tuunbaq como el I-Ching se cruzan en un aspecto: ambos hablan de equilibrio. Datos recientes arrojan números alarmantes: el globo se está calentando y el Ártico es el principal testigo. Los deshielos están abriendo lugar a nuevas rutas comerciales como a zonas de explotación. Desde que China publicó en 2018 su libro blanco en el que anuncia el desarrollo de la “Ruta de la Seda Polar”, Washington ha encendido sus alarmas sobre un escenario que desea más de lo que concreta. Dado que Rusia se impone en la región. Sin embargo, se abre una disputa en una zona que resulta tan frágil y encantadora como la seda.

Al igual que el león de Fu, Tuunbaq aleja a los “malos espíritus” de sus dominios. Quienes no están en comunión con las reglas que allí habitan son asesinados por la bestia. No obstante, hay una forma de sobrevivir, de coexistir. Uno debe enlazarse a la criatura a través de un canto; es como una oda. Y es el propio ser quien, de amenaza, se convierte en protector y aliado de nuestros pasos. Impera otra vez la lógica de alianza y equilibrio entre el ser humano y aquello que resulta indomable, como lo es la naturaleza. Es evidente que si queremos forjar un Nuevo Orden a nivel global, debemos iniciar un llamamiento que contemple nuestro actuar sobre el planeta. Debemos velar por nuestra “Casa Común”⁷. En un universo paralelo, de fantasía, Crozier y Franklin soñarían un paisaje sin parahielos en que grietas incipientes les permitieran continuar su viaje y así consolidar tanto el Pasaje como el tan ansiado sueño inglés. Esperemos que, al igual que sus vidas, esa búsqueda incesante del elixir imperial no nos termine llevando a la peor de sus pesadillas.

⁶ @UNFCCC. #GlobalHeating is accelerating, and some parts of the world are heating a lot faster than others” (20/6/2020)

⁷ Ref. Encíclica Laudato sí, Papa Francisco, 2015.